



El Santuario de Nuestra Señora de Ribagorda



Certamen de 1947

TERCERA PARTE

LÉRIDA

Gráficos Academia Mariana

1948

G-F 6216



DG-CL
A



CERTAMEN
LITERARIO Y ARTISTICO
DE 1947

EN HONOR DE

Nuestra Señora del Camino

Patrona de León y de la tierra leonesa

TERCERA PARTE

LÉRIDA

GRÁFICOS ACADEMIA MARIANA

1948



R. 76155

CB. 1121490
2-93694

(Con licencia eclesiástica)



NRA S^a DE RIVAGORDA

Venerada en su hermita termino de la Villa de Pe-
ralesos. Señorio de Molina de
Aragon R 1764

Ximénez

REPRODUCIDA EL AÑO MDCCCXCIX

*Al Muy Rvdo. P. Clementino Sanz y
Diaz, que nació bajo el manto de Nuestra
Señora de Ribagorda, de la que es devotísimo;
escritor ilustre de la Orden Calasancia, cuya
tesis doctoral fué «EL TEMA MARIANO
EN EL TEATRO CLÁSICO ESPAÑOL».*

Ex toto corde

EL AUTOR.

El famoso Santuario de Nuestra Señora de Ribagorda en Peralejos de las Truchas (Guadalajara), en el antiguo Señorío de Molina

POR

D. JOSÉ SANZ DÍAZ

LEMA: «Belvalle»

I

EL PUEBLO DONDE ESTÁ ENCLAVADO EL SANTUARIO

Casi en el centro de España, en los límites de Castilla la Nueva con Aragón, dentro de la provincia de Guadalajara y al oriente de la misma, se halla situado el antiguo Señorío de Molina, hoy partido judicial. Peralejos de las Truchas, villa enclavada en las sierras agrestes del Alto Tajo—«Tagus nascitur in sierra Molina in altissimis Orospe de jugis», escribió el gran geógrafo Fournier—, es uno de los pueblos más desconocidos y de más bellos paisajes de España. Sus doscientos edificios se alzan con pobreza hidalga casi en la margen derecha del citado río, entre las soberbias muelas de Ribagorda y Utiel, cerca de la Rocha del Tornillo y de las Simas del Chaparral y de las Grovías, lindando su término con la serranía de Cuenca. Los peralejanos son altivos y sobrios, bravos hasta el heroísmo y celosos en todo momento de su independencia. Tomos se pueden escribir con sus gestas, desde que esta bendita tierra formó parte de la Celtiberia,

desde que venció a los romanos en Urbiaca—mansión que estuvo en el vecino lugar de Checa, en el sitio llamado Castil-Griegos y era parte integrante del reino molinés de Aben-Galvón, amigo del Cid, citado con elogio en el *Poema*—pasando por la derrota que en su término inflingió a los liberales el general carlista—coronel entonces—don Manuel Salvador y Palacios, el día 24 de Enero de 1847, hasta las victorias que en la última guerra civil (1936-1939) obtuvieron contra los rojos los Tercios de voluntarios molineses, nutridos en parte con gente de Peralejos.

Este es un pueblo con casonas solariegas y apellidos hidalgos, en franca decadencia económica. El viajero que, desde Molina, treinta kilómetros por carretera, llega a él por primera vez, no observa en el caserío nada de particular, como no sea que está enclavado entre montañas; pero en cuanto penetra en sus paisajes aledaños, queda sorprendido, maravillado de sus prodigiosas bellezas naturales, encantado de la hospitalidad que se le brinda y de la sencillez de sus costumbres. Las casas se desparraman por el fondo del valle, rodeadas de huertas con árboles, dividida la población en dos barrios por un arroyo sin nombre, unidos por dos graciosos puentes de piedra. Tiene calles irregulares y edificios inarmónicos, en los que viven cerca de doscientos vecinos. Ya hemos dicho que hay en Peralejos buenas casas hidalgas, como la Casa Grande de los Arauz, fundada en 1816; la de doña Jacoba, asomándose con sus galerías y sus balconadas sobre el corralón ennoguerado; la de doña Ramona, con el clásico esquileo a la espalda; la de mi abuelo paterno Juan Sanz Alonso, levantada por un antepasado en 1592, según reza el blasón de la fachada, y reedificada por otro familiar del Santo Oficio en 1670. El fundador fué canónigo y consejero real, por lo que construyó la hermosa capilla u oratorio, de espesísimos muros y graciosa arquitectura, de que consta la solariega mansión. También es notable la que fué de mi abuela materna doña Filomena Jiménez, hoy propiedad de mis hermanos y mía, en la calle de la Cañada, que tiene una sober-

bia portada en arco de medio punto, en cuyo clave campean las armas del fundador, que representa una cruz ancorada con tres estrellas en la parte superior y dos en la inferior del escudo heráldico. La fundó un hidalgo de la familia, boticario de profesión, que era a la vez agricultor y ganadero, a principios del siglo XVII. Se llamaba Jiménez Ramos, y en dicha casa vivieron algunos clérigos notables de ese apellido, siendo el último don Juan Jiménez, tío abuelo mío en segundo grado. Estos eclesiásticos le añadieron una J. y una C. (Jesu-Christo) con un cordero pascual en el centro, al blasón del primitivo hidalgo y mayorazgo.

La Iglesia parroquial, dedicada al Apóstol San Mateo, es grande y fea, con bonitos altares de diversos estilos, predominando el de Churriguera. Aparte del gran retablo churrigueresco del altar mayor, del mejor estilo barroco que puede encontrarse en la provincia, con diez imágenes interesantes de diversas épocas, en las que se destacan por su mérito artístico las de San Pedro y San Pablo, hay seis capillas laterales con sus respectivos altares. En la nave derecha, las de la Virgen de la Soledad, de San Sebastián—talla en madera policromada que mutilaron los rojos y ha sido reconstruída—y de la Virgen del Rosario. En la de la izquierda, las del Santísimo Cristo, otra talla del siglo XVII que mutilaron las hordas, de gran valor artístico y que ha sido bárbaramente restaurada; la de la Virgen de Ribagorda—cuya imagen se pasa un año en la ermita y otro en la parroquia—, y la de la Virgen del Carmen. Cuatro de ellas son de buen estilo barroco y las dos restantes de factura moderna. Sobre las puertas de las sacristías hay dos óleos grandes, posiblemente pintados en el siglo XVII, con escenas del Purgatorio, en las que se ve a la Virgen del Carmen sacar a las almas redimidas.

El templo consta de tres naves, en forma de cruz latina, y tiene un órgano monumental, artístico y de grandes voces. Las naves laterales se comunican por arcos de medio punto con la central, alta y amplísima, con bien trazadas nervaduras góticas y ventanales abiertos en el muro sur. Antigua-

mente hubo enterramientos en esta Iglesia, cuyos restos han ido a parar a la fosa general del cementerio aledaño, la *Huesera*. Ahora está bien pavimentado el templo con tablones de pino, tiene por el mediodía un alegre encintado con acacias y portada de hierro. La torre maciza y poco gallarda, muestra dos grandes campanas que pueblan de acentos metálicos los barrancos, un campanillo para las llamadas corrientes de los fieles, el reloj parroquial de una sola esfera y el capitel cónico, terminado por la veleta y el signo de nuestra salvación, que abre sobre la villa sus dos brazos redentores en cruz. Dos arcos exteriores forman un amplio porche a lo larho de la fachada sur. El conjunto de la iglesia es grande, como el de una colegiata. La «media naranja» clásica está decorada con buenos frescos que representan a los cuatro Evangelistas. Por encima de las cornisas de la nave mayor, a respetable altura, se ven óleos representando de medio cuerpo y tamaño natural a los doce Apóstoles; estos cuadros, al parecer, son de gran mérito artístico. Habría que descolgarlos y limpiarlos, pues tienen polvo y suciedad de varios siglos, para aquilatar su valía. En el dintel de la Iglesia se lee: «Fízose esta portada año de 1652, siendo Cura Párroco don Guillermo de Marcos, y sacristán, Gonzalo Sep de Balera». Delante tiene un porche, como ya hemos dicho, abierto al mediodía por dos grandes arcadas. El campanario y la espadaña recuerdan vagamente la influencia románica.

El conjunto del caserío, visto desde Cerro-Molina, es alegre y bonito, de clásica arquitectura popular serrana, campeando sobre las blancas fachadas el calado herraje de los balcones y ventanas de buena forja, por la que trepan frondosas y abundantes parras. En la Plaza Mayor hay un gran trinquete o juego de pelota, en el que son diestros los peralejanos, y en una plazuela típica, al pie de la torre parroquial y cabe el Ayuntamiento, una fuente purísima, de redondo pilón, que se desangra por las cuatro heridas de sus caños.

II

PERALEJOS FORMÓ PARTE DEL SEÑORÍO
DE MOLINA

El Señorío de Molina es la región más escabrosa de la provincia de Guadalajara y dentro del partido judicial molinés, Peralejos de las Truchas, en la antigua Sexma de la Sierra, es también lo más quebrado y montañoso. Cortado el terreno de esta villa por terrenos de tres ríos—el Tajo, el Hoceseca y el Cabrilla—y por enormes barrancos, forma rochas escarpadas y suaves laderas que producen pastos, además de toda clase de cereales. Abunda asimismo la ganadería, y las Muelas son ricas en maderas, por estar cubiertas sus cumbres de espesísimos pinares. En sus entrañas geológicas se esconden yacimientos de hierro y de carbón: minas importantes que fueron explotadas en lo antiguo, durante siglos, según atestiguan las famosas Herrerías del Hoceseca y del Rinconquillo, esta última sobre el Tajo y junto al Puente romano del Martinete, cuya etimología alude al mazo gigantesco de las viejas forjas.

El caudaloso Tajo nace en los límites del antiguo Señorío de Molina, un poco más arriba del término de Peralejos, en las Veguillas de Fuente García, cerca de la *Era Empedrada* y del *Entredicho*, tomando fuerza en los pozos de Valdeminguete, hasta unirse en *las Juntas*, ya en jurisdicción peralejana, con su primer afluente, el río Hoceseca, discurriendo ambos por profundos valles y entre ásperos peñascos. El río Cabrilla nace en Orea, bajando por Checa, Chequilla y Mejina hasta el término de Peralejos, donde mueve un molino de hidrópicas álabes en Vadillos, cerca del puente de la carretera de Molina, para continuar su ruta por el Barranco del Horno y de la Almagrera, hasta desaguar entre salinates y

bodejales en el Tajo por Taravilla, que es la antigua Tarabella o Tarabellum de los romanos.

El río Hocesecca—corrupción de Hoz-seca—nace en el término de Checa, pasa por la sierra de la Campana y la Herrería de los Morencos, formando una gran presa en el salto de la Electra Sierra Menera, para después confluir en el Tajo.

Peralejos confina con los términos de Checa, Chequilla, Mejina, Pinilla, Taravilla y Poveda, pueblos de la provincia de Guadalajara, y con Tragacete y Belvalle, de la de Cuenca.

Algunos viajeros famosos han pasado por este pueblo, señalando la abundancia de caza y de pesca que hay en su término; especialmente las sabrosas truchas asalmonadas, que se pescan en los tres ríos, así como toda clase de perdices, liebres, codornices, palomas torcaces, ardillas, tejones, gatos monteses, conejos, fuinas e incluso zorras, jabaltes y ciervos.

Produce toda clase de cereales, sembrándose mucha hortaliza en los sitios llamados Vadillos, Valdecastellanos, Saceda, Cacera, Fuente de la Canal y Juanabrada, así como en las numerosas huertas que hay a la vera de los ríos. Abundan la leña, la resina y la madera de pino, criándose además enebros, sabinas, carrascas, robles, chaparros, emllomas, majuelos, espinos, zarzas, sargas, bojés, sauces, álamos, mimbrales, chopos y fresnos, entre otras especies y variedades. Aparte de las frondosas parras, hay árboles frutales: nogueras, ciruelas, manzanos, higueras, membrilleras, endrinos, arleras, amostajos, avellanos y perales. Críase mucho ganado lanar, cabrío, mular y equino; la ganadería de reses bravas ha decaído, trasladándose su explotación pecuaria al vecino pueblo de Checa. En el término hay numerosos colmenares, siendo exquisita y dulcísima la miel que se produce, por estar elaborada con flor de tilo y de espliego.

Una buena carretera une Peralejos con Molina de Aragón, Checa y Santa Eulalia; el ramal que se desprende en Terzaga unirá en un futuro próximo a Peralejos con Beteta y la Alcarria, a través de la provincia de Cuenca.

Dos fábricas de energía eléctrica, dos molinos harineros, una fábrica de aserrar madera, varios talleres artesanos, di-

versos comercios y tres casinetes, pueden dar una idea de la vida industrial, comercial y de esparcimiento del pueblo serrano; aunque es una villa fundamentalmente agrícola, forestal y ganadera. La caza, la pesca, la cría de gallinas, cerdos, palomas y conejos también constituye un capítulo importante.

El lugar tiene unos ochocientos habitantes, según las últimas estadísticas, y unos trescientos edificios urbanos. Bowles, célebre geógrafo y naturalista del siglo XVIII, lo visitó en su viaje al sitio donde nace el Tajo, pues dice en su obra (1) que «subiendo siempre por la montaña se llega a Peralejos, en la orilla del Tajo; el río pasa por una garganta que él mismo se ha labrado entre dos montañas de mármol cortadas perpendicularmente, de cerca de cuatrocientos pies de elevación», y añade que «a tres cuartos de legua de Peralejos, saliendo hacia el mediodía, hay el más alto cerro de aquellos parajes, llamado Sierra Blanca, cuya montaña está aislada y la cima coronada de rocas de cal». Bowles halló piritas vitílicas sembradas entre la greda, pedazos de azabache y vetas de plomo que se introducen incluso en los troncos de los árboles, por lo que—según él—los peralejanos «quemaban este azabache y del plomo que soltaba hacían munición para tirarle a la caza de que abunda el país». Al encontrar por aquellas sierras diferentes petrificaciones, unas veces en las peñas y otras en la tierra, especie de conchas fósiles retorcidas, exclama: «Si el mar las depositó allí, como no se puede dudar, es bien difícil de explicar como ha sido esto en el paraje más elevado de España»; cuando menos, uno de los más altos.

En Peralejos la historia y la leyenda han dejado imborrables caracteres. El poblado tiene mucho de ibérico, bastante de romano y no poco de árabe. Todas las razas, todas las civilizaciones debieron pasar al ser vencidas por este refugio inexpugnable y natural de la Serranía orospeda, por este sue-

(1) Guillermo Bowles: *Introducción a la Historia Natural y a la Geografía Física de España*. 3.^a edición. Madrid, Imprenta Real, 1789. Págs. 136 a 141.

lo inexplorado arqueológicamente, en el que indudablemente tiene que haber huellas de sus habitantes primitivos. Subsisten remembranzas étnicas y etnográficas en su vasto término; hay numerosas leyendas y tradiciones, históricas unas, grabadas otras por la fantasía popular, en parajes y edificios. Muchas de ellas las he recogido y dado a la estampa en mis libros, tomadas de labios ancianos en las trasnochadas, en las coplas de ronda de los mozos y en los decires del campo, el río o la era. Llevan el sello auténtico de todos los tiempos y de todas las épocas: *romanas*, como la del Puente del Martinete sobre el Tajo, obra de la misma fábrica que el famoso de Alcántara; *árabes*, como la del Ceñajo del Moro, la Herrería encantada o el Torreón de Saceda, de las décadas de Abén-Galvón; *medievales*, como las tituladas «Luz en la selva» o «El secreto del lago», de los tiempos en que los Laras eran señores del territorio molinés; *románticas*, como la del fragoso barranco de los Encarcelados, y *religiosas*, como las que tratan de la Virgen de Ribagorda, de su aparición en la Cueva de Rui-Gómez y de su milagro en favor de los perseguidos por el mítico «Charranchanchán», conseja que oí de labios del tío Gilgüe, un viejo pescador de sabrosas truchas.

III

LA ERMITA DE LA VIRGEN DE RIBAGORDA Y EL PANORAMA QUE LA CIRCUNDA

La historia de Peralejos se enlaza de tal modo con la aparición de la Virgen de Ribagorda, Patrona venerada del lugar, en la alta y lóbrega Caverna de las rochas del Tajo, en la época de la Reconquista—siglo XII—, cuando Alfonso I el *Batallador* liberó la comarca molinesa del poder de los infieles, que no es posible pasar por ella sin recordarla; es una leyenda poética, sublime, en la que el pueblo cree y la viene repitiendo a través de los siglos, trasmitiéndola de una generación a otra. Por falta de documentos sólidos, ignorados a través del tiempo y destruidos por las guerras civiles, acaso esos relatos que recojo en mis libros no pudieran resistir una crítica severa; pero solamente un comentarista impío y anti-poético podría dejar de tener fe en ellos.

Cuatro kilómetros al SE de Peralejos de las Truchas, sobre un prado amenísimo, al pie de las ingentes terreras de la Muela, como centínela avanzado que vela espiritualmente por los destinos del pueblo, sale al paso del caminante el famoso Santuario de Nuestra Señora de Ribagorda. A él se va en castiza romería por la Pascua de Pentecostés, por entre la aspereza y la bravura de la sierra molinesa, llevando la imagen a hombros. En la ermita hay un silencio impregnado de fragancias campestres, una diafanidad tal en la atmósfera, que satura los sentidos e impresiona suavemente el alma, como disponiéndolos para mayores sensaciones. El templo serrano es grande y no está falto de gracia arquitectónica; aunque no tiene espadaña ni campanil. Consta de una sola nave, con un altar sobrio en el testero y un coro en la parte de atrás. Antigüesmente se enterraba en la ermita a genté nota-

ble de la localidad,—vástagos de la familia Arauz—, cuyas lápidas sepulcrales aún pueden verse. Sobre las ruinas de la antigua ermita, que debía ser más pequeña, se construyó la actual en el siglo XVIII. Desde el Santuario se goza de un panorama espléndido. Al frente, la cima culminante de la Muela de Ribagorda, señora de las cumbres, que hizo escribir a Juan Pablo Mártir Rizo: «...y en lo de Peralejos hay una montaña tan alta, que si la vista alcanzara se verían las Andalucías y las Francias». Esta Muela, parda de labores en su vertiente y verde de pinos en la cumbre, se yergue sobre los anchos valles y las amplias hoyas de Cocera, Juanabrada y Prado de Doña María, avanzando su proa como un bajel orográfico sobre el río Hoceseca, que es uno de los puntos más bellos de aquellas ásperas serranías, y desde un picacho más alto se descubre la vieja herrería encantada de los Morencos, el salto prodigioso de la Electra Sierra Menera y las rocas basálticas de la Sierra de la Campana, casi en las fuentes mismas del río Tajo, del que, con razón, por allí se dice:

«El Tajo lleva la fama
y el Hoceseca, el agua».

Las vertientes de la montaña de Ribagorda, salvo la del SE., no tienen umbrías arboledas, ni espesos pinares; tan solo graciosas roturaciones y un manantial fresquísimo que brota en la roca, llamado Fuente de la Zorra, se desparama en regatos ladera abajo, retorciéndose alegre entre juncadas. Un arrastre de tierras socavó la vertiente, formando las llamadas *Terreras*. Al sur, las Rochas de Belvalle, la del Tornillo y la del Medio Celemín, cubiertas de avellanares y de tilos milenarios. Abajo, al norte, perdida en la lejanía, queda Paralejos, villa antiquísima, como ya se ha dicho, con su vetusta torre de San Mateo, su típica arquitectura serrana y su pilón de tosca piedra berroqueña. Junto a la ermita, sobre la pradera sencida de orolosa hierba, se percibe el sordo y poético tintineo de las esquilas del ganado que pasta, un rebaño lanar que va con la tarde camino de los apriscos de Martín Malo. Todo es silencio, belleza y paz en aquellos benditos

campos de mi tierra donde la voz de un cabrero da a los vientos sus penas de enamorado:

«Yo soy pastor en la Sierra
y a Paralejos no bajo,
que una zagala morena
de mi querer se ha burlado».

Reviven siglos muy viejos en esta placidez bucólica, en estas penas ingenuas y en estas costumbres sencillas de los paralejanos. Hay muchos balbucesos poéticos de Berceo, del Arcipreste y de Santillana en las cosas añejas de la pastorada y de la gañanía. Atavismo simple de las serranillas, que perdura en el pícaro sentido que da a su copla un gañán que ara y canta en la vega:

«Echas los humos muy altos
y la chimenea es baja,
¿entiendes lo que te digo?
Que eres pobre y vas muy majal»

Y por el resto del horizonte, el verde oasis de las huertas de *Juana Abrada*, los albergues pecuarios del Sabinarejo, el cerro cónico de Martin-Malo y la rala meseta de *Los Pies*. Buceando en los pliegues de este pueblecito serrano, que tan honda lleva grabada la imagen de Nuestra Señora de Ribagorda en sus pechos, se encuentra sin esfuerzo la fisonomía católica de sus habitantes, que perdura invariable a través de los siglos; un carácter subjetivo, sobrio, independiente, hospitalario, sufrido y heroico. Son gentes hidalgas que aman con fervor nunca desmentido su Virgen, su tierra, su libertad, sus fueros y sus costumbres, poniendo ante todo el hogar, la religión y la patria.

IV

LA LEYENDA DE LA APARICIÓN DE LA IMAGEN

Es una leyenda poética, semejante a la de tantas imágenes medievales que se aparecieron a sencillos campesinos en la orografía de España. Corría el año 1129 en que Alfonso El Batallador, rey de Aragón, había libertado aquellas comarcas del poder de los infieles. Una tarde de primavera, cuando ya empezaban las sombras del crepúsculo a envolver con sus velos tupidos los riscos imponentes que bordean el Tajo, un cabrerillo que al encerrar su hato notó la falta de algunas reses, se dispuso a buscarlas entre los ásperos breñales de las rochas del Tajo, a poco más de dos tiros de ballesta del lugar en que hoy se alza el famoso Santuario.

Siguiendo el curso del arroyo Ribagorda llegó, abriéndose paso como pudo entre la salvaje aspereza del monte, a la cumbre del macizo que bordea el enorme barranco donde gimen, al estrellarse, las aguas del riachuelo, formando pintoresca cascada, para después engrosar el caudal del padre Tajo, que en el fondo del cañón se retorció como una serpiente furiosa. La tarde caía sobre los tupidos avellanares, de tallos rectos y espesos; sobre los tilos centenarios, en flor, que impregnaban de suavísimas esencias el barranco, y sobre los chaparros de rugosa piel, que clavaban sus raíces poderosas en la abrupta ladera, de imposible ascensión. Oyóse el cuchichí de una perdiz, dilatándose en el silencio de los desfiladeros. El cabrero busca un posible descenso. Huían los fragmentos de lastra al posar en ellos las abarcas de piel de toro, rodando con estrépito al fondo del abismo. Gracias a la resistencia de la maleza y a los salientes de la risca, pudo bajar por la «gatera de Las Llanás» hasta el pie del macizo. Ante el ruido que hacía el intruso, los reptiles y los lepóridos co-

rrían espantados a ocultarse en las grietas de los canchales y en la maleza de los enebros.

Siguió avanzando, escudriñándolo todo por ver si descubría las reses extraviadas, cuando al abrirse paso por entre las ramas de unas carrascas que le impedían seguir, vió la boca de una cueva singular de que nadie en el contorno tenía la menor noticia. Era amplia y alta como la bóveda de una catedral románica, tal y como hoy puede verse en las rochas de Peralejos. El cabrero, habituado a discurrir solo por los montes, no se arredó y penetró en ella. Anochecía. La luz plateada de la luna en creciente iluminaba el vestíbulo del antro. Como impulsado por una fuerza sobrenatural, dió unos pasos. En el fondo, temblante ahora de religioso temor, se alzaba sobre un altarcillo rústico, formado con toscas peñas, la imagen románica de Nuestra Señora de Ribagorda, que por circunstancias de lugar se llamó así andando el tiempo. Aquel espacio de la caverna estaba milagrosamente alumbrado por la luz de un candil romano de barro, que se alimentaba con una pella de manteca. Una fuerte armadura, mohosa por el abandono y la humedad, pendía de una estaca clavada en los intersticios del muro natural. Y tendido en un lecho miserable de hojas, bojés y retamas reposaba el cadáver de un anciano y venerable ermitaño envuelto en desgarrado sayal. Lo habían respetado las fieras que infestaban las desérticas rochas del Tajo y que bajaban a diario a calmar su sed en la corriente. Junto al cuerpo inanimado del asceta, había un viejo y enrollado pergamino que el asustado cabrero no supo descifrar. Decía así: «Yo, Ruy-Gómez, antiguo guerrero y primer ermitaño de esta cueva, habiendo despreciado mi nobleza de origen y lauros conquistados con mi espada por amor a la Virgen María, oculté esta imagen a la furia de los infieles, construí este rústico santuario en su honor y aquí muero, tras de haber dedicado gran parte de mi vida a defender la Religión y la Patria, a rezar por Nuestra Señora, ya que tan cruelmente la ofendieron las mesnadas agarenas».

Cuando el miedo y el asombro cortaron las raíces que re-

tenían los pies del cabrero al suelo de la gruta, corrió éste, como un fantasma bajo el claror lunar, por las veredas inverosímiles del macizo, aferrándose a las hiedras y a los charros, y herido, sangrante, con las ropas destrozadas, llegó al caserío de Peralejos, donde contó la «aparición», la aventura mariana que le había sucedido.

Al otro día, con el alba, una comitiva de villanos guiados por el cabrero llegó a la Cueva de Ruy-Gómez y tras de dar cristiana sepultura en la misma al cadaver del ermitaño, intentaron llevar la milagrosa imagen hasta el poblado ibérico. La ascensión fué difícilísima y al llegar al prado donde actualmente se alza el santuario, frente a las blancas terreras de la Muela, en cuyos churtales nace el arroyo Ribagorda, los pies de los aldeanos que la conducían negáronse a andar.

La voluntad de la Virgen quedaba bien manifiesta: no quería avanzar más; había escogido aquel hermoso paraíso en las altas planicies de la Sierra molinesa para morada suya y alivio de cuantas gentes transitaran por ella.

V

QUIZÁ ESTUVIERA ALGUN TIEMPO LA IMAGEN DE LA VIRGEN DE RIBAGORDA EN EL REAL MONASTERIO CISTERCIENSE QUE HUBO EN PERALEJOS DESDE EL AÑO 1194 AL DE 1196

Peralejos de las Truchas se organizó como municipio en los mismos días de la Reconquista del territorio molinés, en la primera mitad del siglo XII, por Alfonso I *el Batallador*. Al principio, es Concejo abierto; se congrega a toque de campana y redoble de tambor bajo los porches románicos de la Parroquia. Después, erigida la vasta comarca molinesa en Señorío independiente, Peralejos se rigió con arreglo al famoso *Fuero* que dictó el Conde Don Manrique. Dice Sánchez Portocarrero en la segunda parte, inédita, de su «Historia del Señorío de Molina» (1), que «Peralejos tiene rastro de lugar muy antiguo; pero debe de haber mudado el primitivo nombre, y el que conserva no es conocido en lo antiguo». Desde luego existía en tiempos de los romanos, que explotaron las minas y las herrerías de sus proximidades, levantando en su término, sobre el Tajo, el Puente del Martinete, por el cual traían el mineral desde la Cueva del Hierro hasta la Herrería del Riconquillo, hoy en ruínas. Este puente romano fué destruido en las guerras civiles y quebradas siguen las líneas de su soberbio arco.

En el rincón de Saceda existen varias hiladas descomunales de una fortaleza ciclópea o castro ibérico, de la más remota antigüedad, reedificados después por los romanos, por los visigodos y por los musulmanes.

Perseguidos los moros por los cristianos en tiempos de la

(1) Libro I, capítulo 13º, fólío 53 vuelto.



Reconquista, refugiáronse en las sierras de Peralejos, habilitando para viviendas trogloditas las cuevas de sus cercanías, tales como los llamados Ceñajos del Moro, abiertos casi inaccesiblemente en los macizos raqueros del Escalerón, donde se pueden ver obras interiores de mampostería árabe.

A estos ceñajos o cavernas alude el historiador Portocarrero al decir, que Peralejos «muestra con otras cosas su antigüedad una notable mina en su término, donde llaman Las Cuevas, cerca del río Tajo, la cual atraviesa todo un cerro (la Muela Utiel) y en sus dos bocas tiene señal de haber tenido puertas, y cerca un algibe, que todo parece obra de moros. También tiene cerca, a la orilla del Tajo, muchas ruinas de antigua población, mas no hay luz de cual fuese». Ignoramos a qué vestigios se refiere el escritor molinés del siglo XVII; aunque en el término de Peralejos de las Truchas existen restos de pueblos antiguos desaparecidos, como Saceda, Vadillos y Zarzoso.

A finales del siglo XII se fundó en Peralejos, al abrigo de sus imponentes Muelas y en el fondo de un valle sencillo, feraz, un célebre y rudo Monasterio de monjes cistercienses que duró algún tiempo en la áspera Serranía del Tajo y que fué origen del famoso de Piedra, en las márgenes del río de su nombre, afluente del Mesa, que por ello guardó siempre gran relación histórica con el Señorío de Molina.

En la doceava centuria la Orden del Cister reanuda su concepto tradicional del trabajo monástico, surgiendo así los centros habitados, como avanzada espiritual y colonizadora en las fronteras de la morisma, cultivando la tierra directa e indirectamente en lugares adecuados. Magnífico era el que les ofrecía el término de Peralejos: soledad para la meditación, valles para la agricultura, prados para los rebaños, bosques de pinos y selvas de robles para las necesidades del cenobio, fuentes y ríos abundantes, riscos y simas para la mortificación del ánimo. Allí los monjes tenían cuanto era necesario para poner en práctica la fórmula medioeval de «trabajar como si hubiéramos de vivir eternamente y vivir como si hu-

biéramos de morir hoy mismo». Escogido el sitio, el monarca aragonés y la jerarquía monástica jurisdiccional procedieron a la fundación del Monasterio de Peralejos, haciendo los nombramientos de rigor, cuya documentación se conserva en el Archivo Histórico Nacional y en la cual, entre otras cosas interesantes, puede leerse: «Siendo Abad de Poblet Fiay Pedro Mariano, año 1194, idus de mayo, con orden del rey de Aragón, don Alfonso II, se eligió como Abad a Ganfrido de Rocaberti, para que, con doce religiosos más, fuese a fundar un Monasterio de su Orden en Peralejos, para lo cual hizo antes el rey donación de las décimas y derechos que le pertenecían en las Salinas e Ferrería». Parece aludir a las próximas salinas de Armallá y Terzaga. Y añade el «cabreo» o pergamino de cabritilla: «Los frailes debieron residir en Peralejos para prevenir y disponer habitación para el Abad y monjes (1)». En dichos manuscritos (tomo I, doc. 2.º) se dice que «poseían la granja de Peralejos y que habitaban en ella», cultivándola directamente y por medio de los hermanos legos, al frente de los cuales se ponía un mayordomo religioso.

En este Monasterio bernardo debió estar unos años, hasta que fuera abandonado por los monjes cistercienses, la venerada imagen primitiva de Nuestra Señora de Ribagorda. Por creerlo de gran interés histórico, vamos a dar aquí nuevos datos, aunque repetidos, de cuanto concierne a la fundación del Real Monasterio de Piedra en Peralejos, como hijo primogénito del de Poblet, de 1194 a 1196.

Dice el Padre Maestro D. Jaime Finestres y Monsalvo en su «Historia de Poblet» (Cervera, por Joséph Barber, año 1753, tomo II, páginas 139 a 141), que hay diversidad de opiniones entre los historiadores de Aragón y los cronistas cistercienses acerca de la fundación del Real Monasterio de Santa María de Piedra, primogénito de los hijos de Poblet, antes de que se alzara donde hoy está enclavado.

Mosén Pedro Miguel Carbonell asegura que se fundó en

(1) Libro I, capítulo 13º, folio 53 vuelto.

1195 en un valle del Tajo (1) y el Ilmo. Sr. Fray Angel Manrique (2) fija la fecha de 1194, pero en idéntico paraje. Sin embargo, la donación real hecha por Alfonso II de Aragón para fundar la referida Casa del Cister se otorgó en el mes de Noviembre de 1184; es decir, diez u once años antes.

La fecha de 1194 y el término de Peralejos de las Truchas, en los valles que recortan las rochas del alto Tajo, parecen ser los más seguros, pues el P. Martín de Marquina, monje y archivero del Monasterio de Poblet, certifica que en el año 1566 estuvo en el Monasterio de Piedra en compañía del Abad don Juan de Guimerá, Visitador General de la Orden, copiando fielmente una inscripción que sobre tabla había grabada entre las puertas del templo y del Aula capitular, que traducida del latín decía así:

«En nombre de la suma e individua Trinidad. Año de la Encarnación del Señor 1194, a cinco de los Idus de Mayo, bajo el mando de el Abad Ganfredo salió el Convento de la Casa de Poblet, queriéndolo, y mandándolo don Pedro de Macianeto, de buena memoria, Abad entonces de el mismo Lugar, ayudando en todo, y por todo fielmente D. Alfonso, piadosísimo rey de Aragón, Marqués de Provenza y Conde de Barcelona. Y guiados de la gracia del Espíritu Santo, el mencionado Convento á 14 de las Calendas de Julio llegó a Peralejos, valle del río Tajo y lugar en el territorio de Zaragoza. Y en el mismo año, concediéndolo el ya nombrado Rey de Aragón, y el dicho Abad de Poblet, con su Abad sobredicho vino á Piedra a 12 de las Calendas de Diciembre, queriéndolo y mandándolo el Venerable don Juan Frontín, á la sazón Obispo de Tarazona, á cuya Diócesis pertenece el dicho Lugar de Piedra. Y el año del Señor 1218, en la tercera Domenica de Adviento, á 17 de las Calendas de Enero, fué trasladado el Monasterio de Piedra a el castillo de este lugar, donde ahora habitamos, siendo Abad Don Egimino, ó Semeno con su Convento (3).

(1) «Crónica cisterciense», folio 54.

(2) «Anales Cistercienses», tomo III, año 1194, cap. 5.º.

(3) Copia que existía en el Archivo de Poblet, cajón 66, legajo 61.

Por su parte Fray Angel Monrique, en la obra y tomo citados, da otro documento obtenido en los Archivos del Monasterio de Piedra, que traducido dice: «Año 1194. á 10. de Mayo, Pedro Abad de el Monasterio de Poblet, á petición de el Rey Don Alonso, embió doze monges con el Abad Ganfredo á fundar un nuevo Monasterio en Aragón. A 19 de el mismo mes llegaron al Lugar de Peralejos, a doce millas de la ciudad de Teruel, donde hicieron mansión casi seis meses, tal vez mientras el Castillo de Piedra para donde ivan destinados se preparaba á recibirlos. El día 20 de Noviembre llegaron al Castillo, donde perseveraron veinte y tres años; y cumplidos estos, año 1218, bajaron al Lugar que ahora ocupan, y describe Zurita, á quatro millas de Calatayud, haviendo el Rey D. Pedro acabado la Casa, que havía comenzado el Rey D. Alonso su padre».

El P. Juan Olivés, monje y archivero cisterciense, certifica que en el Real Monasterio de Piedra existía un privilegio original, con su sello de cera colorada correspondiente, que él tradujo del latín al castellano. En dicho documento hay un párrafo que dice así: «Siendo Abad del Real Monasterio de Poblet el muy ilustre Señor Don Pedro de Macianeto en el año 1194, á cinco de los Idus de Mayo, fueron elegidos un Abad llamado Ganfrido de Rocaberti y doce Religiosos, todos Monges de dicho Monasterio de Poblet, para fundar un nuevo Monasterio en el territorio de Peralejos..., donde dicho Señor Rey les havía prometido dar algunas posesiones, como consta del Privilegio antecedente. Y aunque el dicho Señor Abad Ganfrido con sus monges no partieron de Poblet hasta el dicho día y año de 1194, es muy verosímil, que en ese medio tiempo residiessen en Peralejos algunos Monges, previniendo habitación para el Abad y nuevo Convento, que después havían de ir á aquella residencia».

El monarca a que se alude en la certificación del monje Olivés es Alfonso II de Aragón, y con parecidos extremos se cuenta la fundación del primitivo Monasterio de Piedra en los valles de Peralejos en uno de los *Cabreos* que, proceden-

tes del Archivo del Monasterio, se guarda en la Biblioteca Nacional.

Un par de años debió estar el Monasterio cisterciense de que nos ocupamos en Peralejos, pues hasta 1196 no consta en parte alguna que habitaran en el Convento de Piedra los frailes de Rocaberti. ¿Cómo era la primitiva Casa del Cister en aquellas sierras? El P. Monsalvo la describe así: «Tenía el Monasterio tan horrendo, y ameno sitio, que el horror compite con la amenidad, recogido entre unos peñascos inaccesibles, y muy eminentes, que sin embargo, dejan lugar á unas Huertas á pedazos costaneras, y artificiales, y por lo más llanas, y abundantes de frutas, y hortalizas muy sabrosas».

Desde la fecha citada, pasando por la muerte del abad Granfrido de Rocaberti, que lo fué del Convento señorial y agrícola de las rochas molinesas del alto Tajo, hasta el año 1218 en que la Comunidad cisterciense o bernarda marchó al nuevo Monasterio de Piedra, no debieron faltar monjes en la ruda Abadía de Peralejos de las Truchas, si bien la mayor parte de los frailes fundadores, cumpliendo órdenes del Abad de Poblet, se retiraron a la fortaleza del río Piedra, que fué después un famoso eremitorio de PP. bernardos y aún sigue siendo gran lugar de turismo en nuestros días, por las bellezas artísticas, históricas y naturales que encierra. Hemos llamado fortaleza a este monasterio, porque lo cerca una muralla con redondos cubos, defendiendo su entrada un cuadrado torreón con almenas y salientes matacanes, abierto en arcos a manera de mirador. En el Convento de Peralejos, casi en la frontera árabe, hallaban refugio los soldados y los peregrinos, mansión los caballeros y hospitalidad franca todo el que por aquellos remotos breñales transitaba.

VI

HISTORIA MODERNA DE ESTA VILLA MARIANA
DE LA SERRANÍA MOLINESA

Peralejos de las Truchas siempre ha sido un pueblo mariano por excelencia y durante las guerras de la Independencia y Carlistas movilizó una Compañía de Voluntarios católicos llamada «de Nuestra Señora de Ribagorda», distinguiéndose en multitud de acciones históricas; siempre en defensa de Dios y de la Patria. Por los franceses de 1808 fué destrozada la Ermita de la Virgen de Ribagorda y robadas sus joyas, incluso la campana que tenía su espadaña.

Peralejos de las Truchas jugó un papel importante en la Guerra de la Independencia, pues al constituirse la Junta de Defensa del Señorío de Molina en la Capilla de la Orden Tercera (Convento de San Francisco), el día 22 de Junio de 1808, ya figura en la convocatoria de la misma D. Lorenzo Muñoz Sanz como representante de la villa peralejana y se manifiesta como celoso defensor de la independencia nacional y de la justa causa de Fernando VII.

Eduardo López-Ayllón (1) escribe que «la primera providencia que tomó la Junta fué la de mandar el Batallón—de voluntarios del Señorío— a las Sierras del Tajo en atención a que el Ejército francés que operaba en la provincia de Cuenca, había llegado en sus correrías hasta Beteta, con orden de operar en combinación con el pequeño refuerzo de soldados fozosos que había distribuidos entre Checa y Peralejos, en caso de que las fuerzas francesas intentaran pasar el Tajo e internarse en el Señorío». Esto sucedía en el otoño de 1808

(1) «Ligera reseña histórica de la Guerra de la Independencia del Señorío de Molina en 1808», (Molina de Aragón, 1910), cap. V, págs. 14 a 16.

y gracias a la moral de los peralejanos, que no consintieron en abandonar el lugar, tomando las armas y haciendo la guardia jóvenes y ancianos, se logró impedir que el invasor consiguiera su intento de vadear el Tajo. Cuantas veces lo ideó fué rechazado, gracias a lo inaccesible del terreno y al profundo conocimiento que de su orografía tenían las guerrillas indígenas que lo defendían.

Por el mes de noviembre del mismo año se estableció en Peralejos—en el pueblo mismo y en el molino del Tajo—una Armería o Fábrica de Armamento, igual a las que entonces se crearon en Molina y Cobeta, de la cual existe todavía el edificio a la entrada del pueblo; es un vasco caserón de la familia Arauz, utilizado ahora como albergue para el ganado, que se sigue llamando la Armería. En ella se fabricaban fusiles y se recomponían las armas de todas clases de nuestros heroicos voluntarios. Lo confirman documentos inéditos de su Archivo municipal, actas de la Junta molinesa y D. Anselmo Arenas López en su «Historia del levantamiento de Molina de Aragón y su Señorío» (1), diciendo que el 10 de Enero de 1810 don Andrés López, vecino de Terzaga, entabló querrela contra los alcaldes del pueblo, porque le querían imponer bagajes siendo, como era, hidalgo, «para conducir a Peralejos ciertos instrumentos correspondientes a la Armería establecida en este pueblo». Estos instrumentos eran, según las actas de la Junta, fuelles, tornos y herramientas, que, previendo el asalto a Molina por los franceses, enviaban a la fábrica de Peralejos. Según la exposición elevada al Gobierno de S. M. el 3 de Febrero de 1810 (2), en la Armería de este pueblo se construían ocho fusiles diarios, amén de los arreglos de armas de fuego, sables y monturas de toda clase. Fueron comisionados regios en la Armería peralejana un tal Colmenares y don José Alonso, ascendiente este último de mi abuelo paterno D. Juan Sanz Alonso.

Perseguido nuestro general Villacampa por fuerzas muy

(1) Valencia 1913, pág. 213.

(2) «Actas de la Junta», tomo II, fóllo 113.

superiores del general polaco Klopicki, que luchaba bajo las órdenes de Napoleón, se refugió en los riscos del Tajo, por las Muelas de Peralejos de las Truchas, en las que no se atrevió a presentarse el invasor. Fué a finales de Mayo de 1810.

La Gaceta del Gobierno (1) escribía: «En la provincia de Guadalajara arde siempre el amor a la Patria; desde primero de mes ha empezado a publicarse dos veces por semana la «*Gaceta de Guadalajara*», que se imprime no lejos de las fuentes del Tajo, en aquellas ásperas sierras donde residen, como en su trono, la fidelidad y el patriotismo». La imprenta donde se editaba el periódico provincial, estuvo en Peralejos primero, en la Riba después, más tarde volvió a Peralejos y desde allí pasó a Checa, donde quedó al final de la guerra, sirviéndole al farmacéutico local D. Federico Brú y Mendiluce para imprimir su notable periódico checano «*El Dos de Mayo*».

En la noche del 7 al 8 de Febrero de 1811, a pesar de la nieve y del hielo, la división francesa del General París quiso sorprender desde las sierras de Cuenca y Villacampa y no habiéndolo conseguido, cayó sobre Peralejos, destruyendo la fábrica de armas y todos los utensilios. Lo mismo hizo con la armería establecida en Cobeta. Tanta importancia tenían para los franceses estas fábricas de armamento, que Suchet escribe, al relatar la acción del general París: «Il brisa et brûla les armes et les utiles, et détruisit les établissements; manufactures d'armes qui, depuis la guerre, avaient été mises en grande activité dans les montagnes (2)».

En Julio de 1811 los generales Hugo y Lanssaye decidieron acabar con las Juntas de Guadalajara y Molina, avanzando en plan vandálico por el Señorío, obligando a la división del General Zayas a retirarse a Peralejos de las Truchas, donde se hizo fuerte contra los invasores.

Arrojados los franceses de Molina por el Empecinado,

(1) Véase la del 31 de Enero de 1811.

(2) L. G. Suchet: «*Memoires*», capítulo IX.

siendo la heroica capital del Señorío un montón de ruinas humeantes, se procedió a elegir nueva Junta de Defensa en la Iglesia de Santa María del Conde que estaba en pie, acudieron a la elección todos los diputados sexmeros, estando representado Peralejos por D. Francisco Sánchez y D. José Sanz Sorando, que también representaba a Pinilla.

En las guerras carlistas Peralejos luchó siempre al lado de los Ejércitos de la Legitimidad. El 24 de enero de 1840 tuvo lugar en este pueblo un combate famoso en los anales del Carlismo. La victoriosa acción se desarrolló así: El coronel Salvador y Palacios, después de la victoria de Alcocer, se dirigía con sus tropas a Beteta, cuyo castillo sitiaban los liberales, cuando un confidente del pueblo de Peralejos comunicaba al heroico D. Manuel que en dicha villa se hallaba una columna enemiga compuesta por más de 1.200 infantes y de un centenar de jinetes, todos bajo el mando del coronel Rodríguez. Era éste liberal furibundo y, noticioso del noble abolengo carlista de la villa peralejana, cometió en ella toda clase de atropellos y de saqueos, instalando incluso la soldadesca en la iglesia donde, desde tiempo inmemorial, se les rinde culto fervoroso a la Virgen de Ribagorda y al Apóstol San Mateo.

Vaciló prudentemente el Jefe carlista, al observar el cansancio de sus tropas; pero el bravo peralejano insistió cerca del invicto coronel y al enterarse los requetés de Tortosa de lo que se trataba, de que había enemigo próximo al que atacar, olvidaron al momento su fatiga y pronto estuvieron listos para partir.

Desde las inmediaciones de Alcocer emprendieron la marcha a través de la provincia de Cuenca, descansaron algunas horas en Valsalobre y al amanecer del día 24, después de haber cruzado el río Tajo, cayeron por la Muela, Utiel y por los riscos del Machorro sobre la columna enemiga que ocupaba Peralejos de las Truchas, la cual, sorprendida, dejó en poder de las fuerzas carlistas cuarenta prisioneros y las

municiones, calzado, abastecimientos y equipajes de toda la Brigada de Rodríguez.

Pero los cristinos, repuestos de la audaz sorpresa, rehiciéronse a la salida del pueblo, en el sitio denominado Las Cabezuelas e intentaron hacer frente al coronel Salvador, el cual mandó cargar—cuesta arriba y todo—a sus bravos de Tortosa y a los voluntarios de Peralejos que se le habían unido, contra los vacilantes soldados liberales, que pronto huyeron en desordenada fuga.

Una compañía de Cazadores, apostada convenientemente en el llamado Barranco de Checa, les cortó la retirada, haciendo numerosas bajas y más de 200 prisioneros.

La columna liberal estaba compuesta por el provincial de Laredo, cuatro compañías de francos de Cantabria y cerca de un centenar de jinetes. Estas fuerzās cristinas quedaron completamente deshechas y de la lucida hueste del masón «Capablanca» como llamaban los voluntarios del buen rey D. Carlos al coronel cristino Rodríguez, apenas si lograrían salvarse 600 infantes. El combate debió ser tan encarnizado que aún hoy, un siglo más tarde, es frecuente hallar balas de plomo entre los guijarros de la barrancada.

Al regresar a Peralejos de las Truchas los triunfadores con los vencidos, tuvo lugar un suceso lamentable y sangriento, de tristes consecuencias para los constitucionales que lo provocaron.

El comandante carlista del 2.º de Tortosa, don Lorenzo Ramírez y un capitán del mismo batallón, don Joaquín Echazu, fueron asesinados a traición por los prisioneros, después de rendidos. Lo confirma el historiador liberal Calvo y Rochina, en su «Historia de la guerra civil», página 473: «Echazu cogió por el correa a un soldado de la Reina y lo sentó en el suelo como prisionero; pero éste después le disparó su fusil y lo mató. Observada la acción por los compañeros del capitán carlista, se arrojaron sobre el agresor y lo hicieron pedazos, siendo después enterrado en una misma hoya con el que había matado».

Y el parte militar oficial del Coronel Salvador y Palacios al Conde de Morella, fechado en el pueblo de Peralejos de las Truchas (Guadalajara) a 24 de enero de 1840, dice: «No puedo pintar, Excmo. Señor, el sentimiento e indignación que causó a nuestros voluntarios ver muertos tan ignominiosamente a dos oficiales que tanto querían; entonces, olvidándose de los sentimientos humanitarios que les han honrado en esta campaña, y sin que yo y otros Jefes pudiéramos preverlo, acuchillaron a todos, resultando ser más de 200 los muertos...»

Todos recibieron cristiana sepultura en Peralejos de las Truchas.

Aún continuaron los jinetes carlistas la persecución de los fugitivos cristinos; pero no lograron darles caza.

Con la tremenda derrota de Peralejos de las Truchas, el Ejército liberal desistió por entonces del sitio de Beteta (Cuenca), razón por la cual merodeaban por aquellas comarcas las columnas del masón Rodríguez, otra mandada por Quiñones y una tercera más numerosa que había acantonada en Pedralva.

En la guerra de liberación de 1936 a 1939, Peralejos estuvo desde el primer momento a las órdenes del Caudillo Franco y dió por Dios y por España numerosos caídos y mutilados, casi todos ellos voluntarios. En agosto de 1936 se estableció el frente definitivo en este pueblo, ya que el río Tajo divide por allí—a dos kilómetros del lugar—las provincias de Guadalajara y Cuenca, y en esta última mandaba el gobierno rojo. El día 5 de dicho mes se formó una Junta Local en pro del Alzamiento y tuve el alto honor de ser designado su Presidente, según consta en acta. La firmaron todos los hombres de la localidad y se dispusieron, mal armados, a defender aquellas montañas con el mayor entusiasmo. Los jóvenes en edad militar, desoyendo las conminaciones del Gobierno republicano, se enrolaron voluntarios en las unidades armadas del Generalísimo, especialmente en los Tercios de Requetés «Doña María de Molina» y «Numancia», tomando parte destacada en multitud de operaciones.

Por ello, el odio anarco-marxista contra Peralejos fué tremendo, jurando vengarse de sus habitantes en cuanto la ocasión se les brindara. El pueblo estaba desguarnecido; por los cerros fronterizos vigilaban unos cuantos escopeteros, y el jefe militar del sector, teniente coronel don Luis Mariñas había prometido enviar fusiles, municiones y una sección de requetés para la defensa de aquellas estratégicas alturas. Era la víspera de Todos los Santos—otoño de 1936—; había cesado de llover y hacía mucho frío por aquellas montañas. Durante la noche, Peralejos de las Truchas, indefenso, fué atacado por sorpresa, con furia, invadido cruelmente por los bárbaros de la Columna «Tierra y Libertad», compuesta de milicianos de la C. N. T. y de la F. A. I., hordas sedientas de rapiña y de crimen. Robaron las casas, destruyeron a hachazos las imágenes de la Iglesia parroquial, hicieron unos prisioneros, llevándoselos a Beteta y fusilaron cobardemente a tres pacíficos labradores de la localidad, llamados Feliciano Gaspar Gil, Enrique Arauz y Marcelino Esteban. Al día siguiente se libró un fuerte combate en Peralejos, que fué liberado por las fuerzas nacionales, en la forma descrita en nuestra obra «Por las rochas del Tajo» (1). Mandaba nuestras tropas el Comandante de la Guardia Civil don Pedro Saenz de Sicilia y Morales, Jefe del Tercio Numancia, al cual acompañábamos dos o tres oficiales, además del capellán castrense.

Tranquilamente instaladas en el pueblo las cinco centurias de la columna «Tierra y Libertad», después de haber cometido toda clase de crímenes, profanaciones y saqueos, no esperaban tan pronto la contundente réplica que sufrieron. Habían montado guardias en todas las alturas, provistas de ametralladoras rusas, con abundante munición. No les sirvieron de nada. Buenos conocedores del terreno, dos horas antes de llegar al pueblo escalamos la Muela Utiel y a través de los pinares, que nos ocultaban y protegían, les ganamos las altas cimas de la Cueva del Moreno, la Piedra Horadada, Al-

(1) José Sanz y Díaz: «Por las rochas del Tajo». Valladolid, Ed. Santarén, 1938.

tos de la Hoya y la cumbre de Peña Vieja, matándoles las guardias que se resistieron. Aturdido el enemigo por la sorpresa, abrió nervioso fuego de ametralladoras y de fusil. El Tercio Numancia, bien parapetado, no perdía una bala y, a su lado, los peralejanos luchaban como leones, aturdiendo con sus vivas a España las blasfemias de las hordas. El combate duró desde las doce de la mañana del 1.º de Noviembre de 1936 hasta las siete de la noche, quedando las laderas de la Muela Utiel sembradas de cadáveres y de heridos enemigos; un centenar en total. Nuestras bajas fueron dos heridos, el guardia civil Pedro Sánchez López y el voluntario Martín Palacios del Castillo. Amparados por las espesas sombras de la noche, temblando de frío y de pánico, huyeron cobardemente a Beteta, dejando en Peralejos importante botín de armas, ropas y provisiones, más un baul lleno de alhajas robadas.

Desde aquella fecha hubo en Peralejos fuerzas constantemente destacadas y con ellas lucharon hasta el final de la guerra todos los hombres útiles del pueblo.

VII

FAMILIAS HIDALGAS DE PERALEJOS, QUE TUVIERON Y TIENEN GRAN DEVOCIÓN A LA VIRGEN DE RIBAGORDA

Pródiga ha sido siempre la villa de Peralejos de las Truchas en hombres de corazón y de talento. Las familias más distinguidas de la localidad han sido en el pasado las de los Jiménez, los Sanz, los Arauz y los Sonando. Todas ellas, de apellidos hidalgos, levantaron casonas solariegas en tiempos prósperos. La más antigua en el pueblo es la de los Sanz, apellido nobilísimo que tuvo su origen en el reino de Navarra, siendo su fundador un infante llamado Fortún Sanz de Vera, algunos de cuyos ilustres descendientes pasaron al Señorío de Molina en el siglo XIV, donde fueron premiados con muchas mercedes y en Peralejos fundó casa solar uno de ellos. Su blasón puede verse todavía en la casa de D. Juan Sanz, armas que fueron esculpidas en el siglo XVI. En esta familia abundaron los clérigos, según relación que conservábamos, extraída de los Archivos del Seminario de Sigüenza y que perdimos en los avatares de la última guerra. Un canónigo y consejero real de esta rama, creo que llamado Mateo Sanz Caja, reedificó en 1670 la casa solariega de los Sanz que según el escudo de la fachada se levantó en 1592. Este mismo señor construyó la hermosa capilla particular que existe en dicho edificio, que consta de una sola nave y de espesísimos muros. En las guerras carlistas tomaron parte como voluntarios algunos Sanz, distinguiéndose como jefes y oficiales a las órdenes de Polo, Palacios y Villabaín, como el capitán D. Antonio Sanz Caja. Familia eminentemente católica, dedicada a la agricultura y a la ganadería, se arruinó por

defender sus ideales frente al liberalismo; aunque también hubo un Marcelino Sanz Amaya, liberal, médico, nacido accidentalmente en Molina a finales del siglo XVIII, el cual se estableció en Sacedón en 1800, siendo médico-director de los Baños llamados entonces «Las Pozas de Huete». En recompensa de haber intervenido en la asistencia de Fernando VII, que desde 1814 a 1819 estuvo concurriendo todos los veranos a dicho Balneario, fué nombrado médico de la Real Casa y director en propiedad de los recién fundados Baños de la Isabela. El Dr. Sanz se hizo el uniforme de su cargo palatino, que le costó muchos pesos; pero como era partidario de la Constitución, el general absolutista Jorge Bessieres se lo quitó, luciéndolo al frente de sus huestes. Dice un escritor liberal que «al llegar la época reaccionaria en 1823, fué desterrado el peralejano por diez años a catorce leguas de la Corte y Sitios Reales, con sus hijos, que eran Jefes de la Milicia Nacional, quedando desposeído del cargo que el monarca le había dado, rehabilitándolo en Enero de 1834 como médico del Balneario de Segura de Aragón, hasta que por R. O. de 9 de Julio de 1838 fué trasladado a su primitiva plaza, en la que recibió la jubilación por su edad y achaques en 1843, otorgándosele la Cruz de Isabel la Católica por sus prolongados servicios (1)». De esta rama fué en lo antiguo doña María Sanz, que casó con el caballero D. Juan Malo de Hombrados, de cuyo enlace hubieron a Luisa y Garcí Malo Sanz, según información hecha el 17 de Marzo de 1473. También procedía de ella don Rafael Sanz, abogado de los Reales Consejos y vicario de la Iglesia de Santa María del Conde. en Molina, nacido a finales del siglo XVIII (2).

(1) Leopoldo Martínez Reguero: «Bibliografía hidrológica médica española». Madrid, 1893.

(2) Fernández (Juan) «Real provisión de S. M. y del Supremo Consejo de Castilla... aprobando los acuerdos del Común de la tierra del Señorío de Molina, celebrados en 1788». Madrid, Imp. Vda. de Ibarra. 1791. En este libro se citan como hombres de pro concurrentes a esas Asambleas varios individuos del apellido Sanz, todos del Sexmo de la Sierra en la Comunidad molinesa: Francisco Sanz, por Alustante; Juan Sanz Alonso y Juan Esteban de la Llana, procurados de Peralejos; Juan Manuel Sanz, regidor de Megina, y refrenda los acuerdos de la Junta D. José Antonio Sanz, Escribano del Rey y Público perpétuo de Molina y su Partido.

Como no tengo a la vista los archivos parroquiales de Peralejos de las Truchas, no puedo precisar la fecha en que los Arauz, familia no indígena, se establecieron en nuestra patria chica. He oído insistentemente a la familia, en especial a Gaspar y Carlos Arauz, que fué muy entrado el siglo XVIII; quizá a final del mismo, no construyendo la *Casa Grande* hasta el año 1816. Es un edificio sólido y vasto, de dos pisos y amplas cuadras y corraladas, trazado con arreglo a las necesidades ganaderas. Desde que se conserva memoria, se ve dedicados a los Arauz a la explotación de grandes rebaños trashumantes, sin contactos casi con la agricultura, prescindiendo a la vida de Peralejos—en unión de Jiménez y Sorandos—el sello de una organización patriarcal.

Durante el siglo XIX dejaron memoria familiar local y aún comarcal, alguno de sus miembros, como don Matías Arauz, hermano de D. José y de Doña Prisca, y por lo tanto tío-abuelo del recto varón D. Pedro Manuel Arauz Estremera (1859-1933). Fué don Matías canónigo lectoral de la Santa Iglesia Catedral de Murcia, gran orador sagrado y hombre cultísimo, que siendo Deán de Tarragona, al borde de los treinta años, perdió la razón al terminar uno de sus sermones magistrales. Vivió desde entonces retirado en la *Casa Grande* de Peralejos, bajo los cuidados de su hermana Prisca, singular personaje por sus austeras costumbres y gran virtud. Mujer intachable, soltera, voluntariamente enclaustrada en su casa, sin relaciones apenas con el exterior, siguiendo una vida de «abadesa seglar», con mero y mixto imperio sobre la servidumbre, caso que con más o menos rigor han practicado otras mujeres de la familia Arauz; en mi infancia, la llamada doña Ramona, hermana de D. Pedro Manuel. Se caracterizó doña Prisca por sus colecciones de objetos artísticos, hasta el punto de haberse convertido su herencia en proveedora de la mayor parte de las obras de arte que han tenido las varias familias entroncadas con los Arauces: colecciones de relojes de mesa, escogidas piezas de cristalería y cerámica, tejidos valiosos, imágenes y cuadros, incluso uno del Españolito.

En cuanto a su pupilo y hermano-D. Matías, era tal el concepto que de él tenía el Cardenal-Arzbispo de Toledo don Antolín Monescillo, por su talento y preparación, que llegó a decir:—¡Lástima que se haya vuelto loco Matías Arauz, pues él hubiera sido mi indiscutible sucesor en la Sede Primada de las Españas! En los momentos de lucidez, tenía frases tan ingeniosas, que han nutrido un sabroso anecdotario familiar y local.

No han abundado los clérigos en esta familia, a pesar de lo arraigado de sus creencias católicas; pero en 1818 nació en Peralejos don Marcos Arauz Gómez, que siguió la carrera eclesiástica, sin llegar a ordenarse, pues se incorporó como Teniente de Requetés en la primera Guerra Carlista, militando a las órdenes del Coronel Salvador y Palacios. Al firmarse el Convenio de Vergara era Comandante de Caballería y aunque el Gobierno liberal-cristino le reconocía la graduación, prefirió emigrar a Bélgica, donde murió en 1872. Fué Catedrático de la Universidad de Amberes.

El otro clérigo de que tenemos noticia en esta familia, fué don Pedro Rubio y Arauz, que nació en Peralejos el 13 de mayo de 1811 y murió en Sigüenza, siendo Canónigo de su Catedral. Lo cita el Prelado Fray Toribio Minguella (1) entre los distinguidos seminaristas de San Bartolomé, como Canónigo Penitenciario de la Catedral, varón cultísimo, elocuente orador sagrado y hombre de notables virtudes.

Bajo la égida familiar de D. Juan Francisco Arauz Huerta, que nació el 24 de Mayo de 1838 en Peralejos y murió en la misma localidad el 12 de Marzo de 1899, llegó a su mayor riqueza y auge la hacienda ganadera de los Arauz, que contaba con muchos rebaños lanares, grandes cabradas y una célebre ganadería de reses bravas, cuyos toros de lidia se disputaban las empresas. Don Juan Francisco era caballero de la Orden de Carlos II y siempre vivió en Peralejos.

D. Pedro Manuel Arauz Estremera nació en Peralejos el

(1) Minguella: «Historia de la Diócesis de Sigüenza y sus Obispos», tomo III.

29 de Abril de 1859 y murió en el mismo lugar el 25 de Febrero de 1933. Fué un santo varón digno de figurar en los altares; se pasó la vida haciendo el bien a sus semejantes, dedicado a la oración y piadosas lecturas, sufriendo con resignación cristiana los más agríos reveses de la fortuna, ya que al final de su vida tuvo que ver cómo se desmoronaba todo el poderío agrícola y ganadero de los Arauces. Pestes, sequías y toda clase de desgracias pusieron a prueba el temple moral del nuevo Job y gran caballero carlista. Dejó tres hijos, Simón, Gaspar y Enrique Arauz Tejada, y una aureola de veneración entre sus paisanos. Hermano de don Pedro Manuel, éra D. Pedro Enrique Arauz Estremera, que nació en Peralejos de las Truchas el 15 de Julio, fué bautizado el 29 del mismo mes, de 1864 y murió el 17 de Marzo de 1905 en Molina de Aragón. Cursó el Bachillerato en el Colegio molinés de Padres Escolapios y en Madrid fundó y dirigió un periódico titulado «La Concordia». Uno de sus artículos, escrito todo él con refranes y frases hechas de nuestra tierra, mereció ser traducido a varios idiomas por su gran interés folklórico. Escribió un buen libro rotulado «*La hija del tío Paco o lo que pueden dos mil duros*», novela en la que hay que destacar, además del limpio estilo clásico, el verismo observador con que retrata los personajes serranos, tipos, costumbres y paisajes de su pueblo natal, Peralejos. Les da relieve de entes de comedia costumbrista, lo cual denota en él una propensión no desarrollada hacia el teatro festivo y dramático. Se nota, sin embargo, una clara influencia de Pereda en la manera de hacer, con más gracia y naturalidad en los diálogos. Además de esta obra, tenía empezada otra novela de mayor ambición literaria; su hijo Carlos nos dice al respecto en una carta, toda vez que nosotros no conocemos ese original inacabado e inédito: «Yo he ojeado algunas de sus páginas manuscritas, que creo extraviadas en nuestra casa de Molina, y, efectivamente, tenían un colorido superior al de «*La hija del Tío Paco*». Don Enrique Arauz Estremera, padre de Jose María y de Carlos Arauz de Robles, era hombre de tan poderoso

sa vocación literaria, que a los negocios a que se dedicaba no les concedía importancia y era corriente que distrajesse de sus labores a los obreros del campo, en sus fincas de Peralejos, para leerles pasajes que a él le interesaba y ver el efecto que su lectura les producía.

D. José María Arauz de Robles, hijo de D. Enrique como queda dicho, es peralejano de sangre, aunque nació en Molina en 1898. Estudió la carrera de Derecho en Madrid y se doctoró en 1919, ganando plaza de Abogado del Estado en las oposiciones de 1921, cargo que ha ejercido en Huesca, Sevilla, Barcelona y Madrid. Hizo la campaña de Marruecos de 1921 a 1922, sobre la cual escribió un libro titulado «Por el camino de Annual», editado por Voluntad S. A. en 1924. Buen abogado, dotado de gran cultura profesional y de viva imaginación, ha actuado en política siempre en el lado popular y cristiano. Ha hecho por la tierra molinesa cuanto ha podido; sintiendo la voz ascencial de la familia, compró la Dehesa de Arias, junto a Tierzo de Molina, y dos dehesas más en la provincia de Jaén, dedicándose de lleno a negocios de ganadería.

Como escritor, ha publicado algunas novelas, las tituladas «¡Si tú supieras!» (1923), «Estrella errante» y «Don Bernardo el Idumeo», la mejor, retratando en esta última, con menos éxito que su padre, los tipos, paisajes y costumbres de Peralejos. Lo más acertado del libro es la pintura noble e hidalga de su tío don Pedro Manuel, que encarna el personaje central de la obra, el paciente *don Bernardo*, que recuerda al Job de Idumea. Es una novela notable, de estilo barroco; pero que para nosotros tiene el gran interés de reflejar el ambiente de nuestro pueblo.

También es autor de otros libros notables sobre aspectos sociales y políticos.

D. Carlos Arauz de Robles es hermano menor de José María, pues nació en Molina de Aragón el 24 de enero de 1903 y lo incluye Gaspar Sabater en su «Diccionario Biográ-

fico (1)». Hizo con brillantísimas calificaciones la carrera de Abogado y actualmente es Notario en Palma de Mallorca. En cuanto a su labor jurídica, verdaderamente notable, como le gusta más la Filosofía jurídica y la Política legislativa que el simple aprendizaje, comentario y práctica legal, no le concede gran importancia; a pesar de ello, es uno de los mejores notarios españoles y se ha distinguido en su carrera hasta tal punto, que sus compañeros le han honrado con cargos y honores.

Como escritor y pensador Carlos Arauz es un valor auténtico, aunque no se dedica de lleno a la literatura. Tiene talento, ideas, cultura, buen gusto, imaginación, estilo y la gracia especial de los elegidos. Escribe con soltura y garbo desde los ocho años, en que compuso su primera octava real dedicada a los montenegrinos; hizo sus primeras armas en «La Hormiga de Oro», «Rosas y Espinas» y «En nueva Etapa» de los Agustinos de El Escorial. A los diecisiete años escribió un libro de versos: «Flores nocturnas y sonetos», abandonando con él la lira para siempre. Es autor de las obras tituladas «Cataluña y el Mediterráneo», «La vuelta al clasicismo», «Ciudades en guerra» y «Universalidad», cuatro magníficos ensayos. En el último sienta la idea básica de que los Imperios, para perdurar, han necesitado un robusto cimiento de ideas universales; por ejemplo, Grecia tuvo la Cultura, Roma el Derecho, España el Catolicismo e Inglaterra el Comercio. Son libros, los suyos, del mayor interés histórico, social, político, jurídico y hasta filosófico.

Buen novelista, es autor de las rotuladas «Mar y Tierra», que escribió cuando estaba de notario en Galicia, durante la guerra, y es un prodigio de observación y de estilo, y «Cal y luna», novela de un ambiente distinto. Carlos Arauz de Robles, paralejano de estirpe, es un gran escritor desde cualquier punto que se le analice.

Los padres de D. Enrique y de D. Pedro fueron D. Si-

(1) Ediciones Miramar, Barcelona, 1946.

món Arauz Huerta —hermano de don Juan Francisco—y doña María de los Dolores Estremera de Atea; el abuelo paterno se llamaba don Francisco y el bisabuelo, don José.

Durante el siglo XIX, entroncaron los Arauz con diversas familias de relieve comarcal, como los Morencos, Ruiz de Torremilano, Montenegro, Malo, Arrazola, Liñán, Tellez, Arribas y otros apellidos hidalgos del antiguo Señorío de Molina.

El origen próximo de los Arauces hay que situarlo en tierras vascongadas; de allá trajeron a Paralejos de las Truchas, entre otras reliquias, su devoción católica, las raíces de su legitimismo monárquico y un amor sin límites a la vida patriarcal ganadera, como criadores de rebaños lanares y de reses bravas, que durante el buen tiempo pastaban en los valles feroces de la Serranía y en invierno eran trasladados, por la vereda real de la Mesta, climas más feraces, como el de la provincia de Jaén, donde la familia poseía dehesas.

Pero las fuentes remotas del apellido acaso haya que buscarlas en América del Sur, en Chile o la Argentina, como producto del matrimonio de algún vasco emigrante con dama indígena (1) y conservado por la costumbre de anteponer el apellido materno al paterno. Nos induce a creerlo así — y a dudar de la interpretación que considera el apellido castellano Arauz una corrupción del vasco Araoz—, los siguientes hechos: *Ara* es llanura y el terminal *auz*, vacía, pura, sin boscajes; igual a *pampa*. Además, en la Argentina existe una ciudad llamada Arauz, que no debe su nombre al de un fundador español, y la voz *arau* es corrientísima en Chile, desde

(1) *Post-Scriptum*.— Los ilustres genealogistas D. José M.^o Bremón Sánchez y D. Florencio Amador Carrandi, me informan amablemente de que una rama de los Arauz norteños pasó a Chile en el primer tercio del siglo XVIII, donde tuvo numerosa descendencia, siendo vástagos de la misma D. Francisco de Borja Arauz, Teniente Coronel de Artillería, según Real Cédula dada en Aranjuez a 9 de Junio de 1794, el cual murió en 1801 y fué padre de doña Dolores de Arauz, casada en Santiago de Chile el 22 de Mayo de 1810 con un madrileño. En la República Argentina hubo un Benjamín Arauz de esta rama, natural de Tucumán, que fué médico, político activo y diputado; pero de ideas poco en consonancia con el arraigo a la Tradición de que están poseídos los Arauz de Paralejos de las Truchas.

los indígenas araucanos fundidos con los vascos colonizadores, hasta en los nombres de plantas y de objetos. Cervantes habla en una de sus "Novelas ejemplares" de una hechicera llamada Arauz y sabido es que la hechicería era práctica ritual entre las gentes de del Arauco. Y algún otro detalle psicológico, como la afición a las grandes haciendas ganaderas, que perdura a través de las generaciones, según hemos visto, en los individuos de la familia y que contradice la mentalidad vasca, que tiende a las prácticas agrarias, lo cual hace más verosímil nuestra presunción.

Los Arauz reedificaron la ermita de la Virgen de Ribagorda, Patrona de Peralejos, aunque no hay documentos que lo atestigüen; pero lo prueba el hecho de que fueran inhumados constantemente en dicho santuario, derecho o privilegio que sólo a los fundadores se les reconoce.

La familia de los Sorando es otra de las más antiguas y pudientes del pueblo que nos ocupa, en la cual ha habido individuos distinguidos que se unieron con otras casas de los pueblos limítrofes. En nuestros días, el ganadero Román Sorando, que se casó en Checa y ha fundado una importante ganadería de rebaños lanares y de toradas. Su hijo Benjamín Sorando es abogado. Otros individuos de la familia entroncaron con los Jiménez y todos siguen dedicándose a la industria pecuaria y a la agricultura. En los manuscritos de González Reynoso hemos encontrado una carta interesante de D. Juan Sorando, fechada en Peralejos a 1 de Abril de 1831 y dirigida a D. Julián González de Rivadeneyra, Escribano Real de Molina.

El apellido Díaz es también de hidalga y remota procedencia. Vino a tierras del Señorío de Molina por la rama del caballero D. Alfonso Díaz, que fué uno de los trescientos que conquistaron el Alcázar de Baeza, en unión de los molinenses del Conde de Lara, Este Señor le concedió privilegios y heredades en la villa de Peralejos, donde se afincaron algunos descendientes de don Alonso, que tenían por armas una cruz terminada en lijes y cinco estrellas en campo de gules.

Precisamente el blasón que ostenta la casa de Doña Filomena Jiménez, que casó con D. José Díaz. El fundador Jiménez Ramos tomó, sin duda, el motivo heráldico de otros enlaces anteriores entre ambas familias. He perdido en la guerra los datos que poseía sobre el desarrollo de esta familia. Uno de los individuos más notables de la misma, fué don Pedro Díaz Santa Cruz, del Cabildo de Clérigos y Beneficiado de la Iglesia de San Miguel en Molina, a finales del siglo XVI. Hubo otro, boticario de profesión, llamado D. Diego Díaz, y otro médico, D. Francisco Díaz, aparte del virtuoso párroco don Lucio Rubio Díaz, de venerable recordación en el pueblo. A principios del siglo XVI, el hidalgo don Pedro Díaz Alonso casó en Peralejos con doña María Fernández de la Parra, los cuales hubieron a Catalina Díaz, mujer de singular belleza, que se unió en matrimonio con Francisco Jiménez Sorando y tuvieron por hijos a Catalina y Pedro Jiménez Díaz, citando este linaje Reynosa en sus manuscritos, hacía el folio veinte.

Nietos de D. Juan Sanz Alonso y de Doña Bernardina Bergés, por un lado, y de D. José Díaz y de Doña Filomena Jiménez Dobón, por otro, son:

Don Clemenino Sanz y Díaz nacido en Peralejos de las Truchas a 22 de Junio de 1914. Sacerdote escolapio, Doctor en Filosofía, en Letras y en Teología, por la Universidad Pontificia de Roma, donde estuvo interno cuatro años. Ha ejercido el profesorado en los Colegios que la Orden tiene en Zaragoza, Buenos Aires y Córdoba (Argentina). Ha viajado por España, Francia, Italia y América. Conoce perfectamente las lenguas clásicas y las modernas, habiéndose especializado en el estudio del latín y del griego, hasta el punto de ser varias las ediciones agotadas de su monumental «Diccionario latino-greco-español», publicado en Buenos Aires. Ha sido director de la Revista «Horizontes Calasancios» y colabora, entre otros periódicos en los suplementos literarios de «La Nación» bonaerense.

Su tesis doctoral fué sobre «*El tema mariano en el Teatro*

clásico español. Es autor de una edición crítica, con prólogo y notas, del «*Quijote*», en dos grandes volúmenes. Ha recopilado las «*Obras Completas de Sarmiento*», por encargo del Gobierno argentino, y prepara (1946) una importante «*Historia del Humanismo español*». Aparte ha publicado numerosos ensayos y diversos libros de texto.

Como elocuente orador sagrado ha pronunciado sermones notables en España, Italia, Argentina e incluso a bordo de un trasatlántico de lujo. Dada su juventud y su preparación, el P. Clementino será una auténtica gloria nacional.

Hermano del anterior es don Angel Sanz y Díaz, nacido en Peralejos a 1 de Octubre de 1917. Estudió primero en el Colegio de Padres Escolapios de Molina de Aragón y después en Madrid, siguiendo al mismo tiempo los Cursos de la Escuela de Periodismo de *El Debate*. Es militar profesional procedente de la Academia General de Zaragoza, con la graduación de Capitán de Infantería desde hace varios años, por lo que está al ascender a Comandante. Hizo la pasada guerra como oficial de la 5.ª Bandera de la Legión y posee la Medalla Militar individual por su gesta de la Sierra de Espadán, aparte de otras valiosas condecoraciones españolas y alemanas. Marchó voluntario a combatir al comunismo en las filas heroicas de la llamada División Azul, donde se distinguió por su valor, siendo gravemente herido en el cabeza y en diferentes partes del cuerpo, por lo cual obtuvo la Cruz de Hierro de primera clase, la placa Dorada de herido múltiple y otras altas distinciones del Ejército alemán.

Actualmente manda fuerzas regulares—Tiradores de Ifni en el Sahara español—y es por su juventud, estudios y hoja de servicios a la Patria, un oficial bravo y competente, devotísimo de Nuestra Señora de Ribagorda, Patrona de Peralejos.

Tal es, contada rápidamente, la historia monográfica del Santuario de la Virgen de Ribagorda, enclavado en la Serranía molinesa, en las ásperas rochas del alto Tajo, y en el término de uno de los pueblos más pintorescos de España.

